

y le robó el bolsillo con la mayor sutileza. La joven conoció que había sido robada, pero los pasos de su marido que sentía ya cerca de sí, y el aturdimiento en que se hallaba, no le dieron lugar para quejarse. Después de haber contado y recontado el oro, dirigió la vista hacia el Maestro de Escuela que continuaba tendido en el suelo. Acercóse á él, aplicó el oído, y como lo oyó respirar libremente, se persuadió más y más de que era un ardid para cogerlo.

— Vamos, vamos, señor Maestro; ¡basta de siesta! — le dijo.

Una casualidad había salvado al Maestro de Escuela de una congestión cerebral, sin duda mortal: su caída le ocasionó una copiosa evacuación de sangre. Quedóse luego en una especie de estupor febril, entre dormido y delirante, y tuvo después este espantoso sueño.

VIII

EL SUEÑO

He aquí el sueño del Maestro de Escuela: vió á Rodolfo en la casa del paseo de las Viudas, en el salón en donde sufrió el horrible suplicio que le privó de la vista y en el cual todo se halla exactamente como entonces. Rodolfo sentado detrás de la mesa en que se ven los papeles del Maestro de Escuela, y el pequeño agnus dei de lapizlázuli, dado por él á la Lechuza. En el rostro de Rodolfo vió la gravedad y la tristeza. Á la derecha en pie impassible y severo el médico negro, y á la izquierda el Churiador mirando aquella escena como espantado. El Maestro de Escuela veía durante este sueño, pero lo veía todo al través de una sangre transparente que llenaba la cavidad de sus órbitas, y todos los objetos le parecían cubiertos de una tinta roja. Á la manera que las aves de rapiña se ciernen inmóviles en el aire sobre la víctima que fascinan antes de devorarla, así revoloteaba sobre el Maestro de Escuela una horrible lechuza cuya cabeza era el asqueroso rostro de la Tuerta, que tenía clavado en él un ojo redondo verduzco y reluciente. Esa mirada le oprimía como si tuviera sobre el pecho un peso enorme. De la misma manera que estando uno en lugar obscuro poco á poco se van descubriendo los objetos antes invisibles, así el Maestro de Escuela descubrió un lago de sangre entre él y la mesa en donde veía la severa figura de Rodolfo.

Éste, juez inexorable, el Churiador y el negro iban tomando poco á poco proporciones colosales, y los tres fantasmas agrandándose vió que llegaron hasta el friso del cielo raso, que también se elevaba sobre ellos. En el lago de sangre tranquilo como un espejo rojo, vió reflejarse su espantosa cara, hasta que tan horrible imagen desapareció entre el hervidero de las hondas sangrientas que empezaron á formarse en el lago antes tranquilo. Su agitada superficie, se

cubrió con una niebla lívida, pero de una lividez semejante al color violáceo de que se tiñen los semblantes de los muertos. Á medida que esta niebla subía, las figuras de Rodolfo, del negro y del Churiador continuaban creciendo de un modo inconmensurable, descollando siempre sobre aquel vapor siniestro. En medio de él vió el Maestro espectros pálidos y escenas sangrientas en las cuales él mismo había sido el principal actor.

En este fantástico espejo de sangre vió un viejo de poca talla y con la cabeza calva, vestido con un levitón gris, que tiene en torno de la cabeza un aro de alambre, en cuya parte anterior hay una pantalla de seda verde: está en un cuarto sucio y pobre y á la luz de una lámpara cuenta y hace montones de monedas de oro. Al través de la ventana, iluminada por la amarillenta luna que blanquea la cima de algunos árboles agitados por el viento, el Maestro de Escuela se ve á sí mismo á la parte de afuera con su horrible cara pegada á los vidrios. Desde allí sigue con ardientes ojos los más mínimos movimientos del anciano, luego rompe un vidrio, abre la ventana, lánzase de un salto sobre la víctima, y le hunde un largo cuchillo entre los dos hombros. La acción es tan rápida y el golpe tan pronto y tan seguro, que el cadáver del anciano queda sentado en la silla. El asesino quiere retirar el cuchillo, pero no puede; redobla sus esfuerzos, mas son inútiles; quiere dejarlo clavado en el cadáver, pero es imposible, porque la mano del asesino está pegada al mango del puñal, como la hoja del puñal al cuerpo del asesinado. El matador oye ruido de espuelas y de sables en el cuarto inmediato, y para salvarse á toda costa quiere llevarse el mezquino cuerpo del anciano, pero tampoco puede: aquel pequeño cuerpo parece haberse convertido en una gran mole de plomo. Á pesar de sus desesperados esfuerzos no puede levantar aquel peso enorme, y entre tanto oye más y más cerca el rumor de los sables que arrastran por el suelo. La llave da una vuelta en la cerraja, ábrese la puerta..... la visión desaparece, y entonces la Lechuza agita las alas gritando:

— « Éste es el anciano de la calle del Roule, tu primera víctima... ¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!!! »

Después de condensarse un momento el vapor que cubre el lago de sangre, recobra su transparencia y deja ver otro espectro. Amanece: la niebla es sombría y espesa, un hombre vestido como los tratantes en ganados está tendido y muerto en el ribazo de una carretera: la tierra removida y la pisoteada hierba demuestran que la víctima ha hecho larga y tenaz resistencia; tiene cinco heridas en el pecho y de las cinco brota la sangre: ¡está muerto, y sin embargo llama á los perros y pide socorro! pero habla por las cinco anchas heridas cuyos bordes abiertos se mueven como los labios de una boca. Las voces que da el cadáver por las bocas de sus heridas, espantan y aterrorizan al bárbaro asesino. En aquel momento la Lechuza agita las alas, remeda los fúnebres

gemidos de la víctima soltando cinco carcajadas agudas y feroces como las de un loco, y grita:

« Éste es el ganadero de Poissy. ¡ Asesino! ¡ asesino! ¡ asesino!!! »

Prolongados ecos subterráneos repiten al instante y en son agudo las siniestras carcajadas de la vieja Tuerta, y luego parecen desvanecerse en las profundas entrañas de la tierra. Después dos grandes perros negros como el ébano, con ojos brillantes como dos ascuas, y clavados siempre en el Maestro de Escuela, comienzan á aullar y á dar vueltas en torno del asesino con una rapidez vertiginosa. Casi le tocan, y sin embargo están muy lejos, pero aquellos aullidos llegan y llegan conducidos por ráfagas de viento.

Los espectros fueron desvaneciéndose poco á poco, y desaparecieron al fin como sombras en el livido vapor que no dejaba de subir hacia el cielo.

Otra exhalación volvió á cubrir el lago de sangre.

Era una especie de niebla verdosa y transparente, parecida á la pared vertical de un canal lleno de agua.

Vióse primero el fondo del canal cubierto de un fango espeso en el que se agitaban reptiles y gusanos imperceptibles á la simple vista, pero que aumentados como si se vieran por un microscopio, aparecían bajo formas monstruosas y proporciones enormes. No era lodo; era una masa compacta, viviente, inquieta; era un enjambre asqueroso de insectos impuros que hormigueaban, y se oprimían unos á otros haciendo ondular el fétido fango. Por encima corría lentamente un agua turbia, espesa, que arrastraba en su pesado curso las inmundicias y los cadáveres de animales que vomitaban sin cesar los albañales de una gran ciudad...

El Maestro de Escuela oyó de repente el ruido de un cuerpo pesado, que cayendo en el canal hizo saltar el agua hasta su cara...

En medio de una multitud de burbujas de aire vió una mujer, que volvió á sumergirse luchando con la agonía...

Y se vió á sí mismo y á la Lechuza huir precipitadamente de la orilla del canal de San Martín, llevando una caja negra, dejando en las angustias de la agonía á la víctima que él y la Lechuza acababan de arrojar al canal.

Después de la primera inmersión, vió que la víctima subía á flor de agua, y agitando precipitadamente los brazos, como aquel que no sabe nadar y procura asirse de algo para salvar la vida... Oyó luego un agudo grito; y este grito último y desesperado terminó con el ruido sordo que hace el agua al abrirse para recibir un cuerpo extraño. Así desapareció la mujer en el fondo del agua.

El buho, que permanecía inmóvil, respondió al grito convulso de la ahogada como había respondido á los voces y gemidos del ganadero.

El pájaro nocturno repitió á intervalos una risa fúnebre que parecía decir:

— *Glu, glu, glu... glu, glu, glu...*

— Los ecos subterráneos repitieron esta voz.

Sumergida segunda vez, la mujer sofoca primero el aliento, procura aspirar el aire que le falta; pero en lugar de aire respira agua... Entonces echa hacia atrás la cabeza, su rostro se vuelve cárdeno y abotargado, y con los brazos tiesos y el cuello hinchado y livido, hace la última convulsión de la agonía y agita los pies apoyados en el fango.

Rodéala al instante una nube de lodo negro que sube con ella hasta la superficie del agua: y cuando exhala el último aliento una multitud innumerable de gusanos microscópicos, voraces y asquerosos... rodea su cuerpo. El cadáver flota un momento, oscila, se sumerge lenta y horizontalmente con los pies más bajos que la cabeza, y sigue en esta forma la corriente del canal... Á veces se vuelve sobre sí mismo y su rostro se halla enfrente del Maestro de Escuela y entonces el espectro clava en él sus dos ojos vidriados y opacos... y sus labios cárdenos se mueven como para hablar... El Maestro de Escuela, aunque lejos de la ahogada, oye una voz que dice: « *Glu, glu, glu... glu, glu, glu...* » acompañando estas palabras extrañas con el extraño ruido que hace un frasco vacío cuando se llena de agua al sumergirse en ella.

El buho repetía *Glu, glu, glu... glu, glu, glu...* y agitando las alas gritaba:

— ¡ LA MUJER DEL CANAL DE SAN MARTÍN!... ¡ASESINO!... ¡ASESINO!... ¡ASESINO!... La visión de la ahogada desapareció.

Los ecos subterráneos le respondieron, mas en vez de perderse poco á poco en las entrañas de la tierra, de paso en paso retumbaron con más fuerza y parecían acercarse: el Maestro de Escuela creyó oír que sus carcajadas resonaban de polo á polo.

La visión de la anegada desapareció. El lago de sangre, á cuyo costado opuesto el asesino veía siempre á Rodolfo, se convirtió en negro bronceado; pero á poco fué enrojeciéndose y por último se transformó en un horno de metal fundido. Este lago de fuego se elevaba hacia el cielo como un inmenso torbellino. En breve parece convertirse en un horizonte de fuego. Este horizonte infinito deslumbra y abrasa los ojos del Maestro de escuela, clavado en aquel sitio. En el fondo de esa lava ardiente cuyo reflejo le abrasa, ve pasar y repasar lentamente y uno á uno los espectros de sus víctimas, y la Lechuza agitando las alas y riendo á carcajadas, diciendo:

« ¡ La linterna mágica del remordimiento! ¡ del remordimiento!!! »

El Maestro de Escuela, á pesar de los intolerables dolores que le causa este incesante espectáculo, tenía los ojos clavados en aquellos fantasmas y en aquella extensión inflamada, y experimentaba una sensación espantosa. Pasando, por todos los grados de un martirio sin nombre, fijos los ojos en aquel horizonte de fuego, nota que sus pupilas se calientan, se abrasan, se derriten, humean y

hierven, hasta que se calcinan en sus mismas cavidades como entre dos crisoles de hierro candente. Después de haber visto y sentido todo esto, queda otra vez sumergido en las tinieblas de su ceguera.

Mas de repente sus insufribles dolores se amortiguan como por encanto, pasa por delante de sus órbitas que todavía arden un aromático soplo de deliciosa frescura, y este soplo es una suave mezcla de los gratos olores que en la primavera exhalan las plantas bañadas por el rocío. Oye en torno suyo un rumor como el de la brisa cuando agita el ramaje ó como el de una fuente que corre y murmura sobre un lecho de guijas y de musgo. Millares de pájaros gorjean melodiosas armonías y cuando callan, voces infantiles y puras como de ángeles cantan desde las alturas palabras extrañas y desconocidas, que el Maestro de Escuela oye con especial encanto. Poco á poco se apodera de él un sentimiento de bienestar moral, de molicie, de languidez indefinibles: su corazón se tranquiliza, un arrobamiento dulce inunda su alma, y del bienestar que experimenta no puede dar ni remota idea ninguna impresión física por deleitosa que sea. El Maestro de Escuela siente que vive en una atmósfera luminosa y etérea, y párecele que se eleva á una distancia inconmensurable de la humanidad.

Después de haber gozado por algunos instantes de esta dicha sin nombre, se encuentra de nuevo en el tenebroso abismo de sus pensamientos lúgubres. Todavía sueña, pero ya no es más que el asesino aherrojado que blasfema y se despedaza en los arrebatos ciegos de un furor impotente. En aquel punto resuena una voz sonora y solemne: es la de Rodolfo. Entonces el bandido conoce de un modo vago que sueña, mas el horror que Rodolfo le causa es tanto, que hace todos los esfuerzos imaginables para huir de esta nueva visión. La voz habla y él escucha. El acento de Rodolfo no es colérico; es triste y compasivo.

« ¡Infeliz! dice al Maestro, aun no ha llegado para ti la hora del arrepentimiento, y solo Dios sabe cuándo llegará. El castigo de tus grandes crímenes es incompleto: has sufrido, pero no has expiado. El destino lleva adelante su obra, que es la obra de la divina justicia: tus cómplices se han convertido en tus martirizadores: una mujer y un niño te dominan y te atormentan. Al imponerte un castigo terrible como tus crímenes ya te lo predije; acuérdate de mis palabras: *Has abusado criminalmente de tu fuerza: yo paralizaré tu fuerza. Los más vigorosos y los más feroces temblaban ante ti; tú temblaras ante los más débiles.*

« Has abandonado el obscuro asilo en donde podías vivir para el arrepentimiento y la expiación: el silencio y la soledad te espantan. Hace un momento que envidiabas la vida apacible de los labradores de esta granja... pero ya era tarde. Aunque apenas puedes valerte, te lanzas otra vez en medio de una turba de malvados y de asesinos. Has pretendido hacerte insensible arrojándote á nuevos delitos: has desafiado al que te quiso impedir que hicieras daño á tus semejantes, y ese desafío criminal ha sido vano. Á pesar de tu audacia, de tu

maldad y de tu fuerza estás encadenado. La sed del crimen te devora y no puedes saciarla. Hace un momento, en medio de un espantoso y sanguinario delirio quisiste matar á tu esposa; ahí está, bajo el mismo techo que tú, duerme



La linterna mágica del reomrdimiento,

indefensa, tienes un cuchillo, su cuarto está á dos pasos, ningún obstáculo se interpone entre ella y tú, nada puede libertarla de tu furor, nada más que tu misma impotencia.

« El sueño que has tenido hace poco, el que te atormenta ahora podrían servirte de lección provechosa, y hasta salvar tu alma, porque las misteriosas imágenes de ese sueño tienen un significado profundo. El lago de sangre en donde han aparecido tus víctimas, es la sangre que tú has derramado: la lava ardiente que has visto, es el devorador remordimiento que debiera haberte consumido, para que un día compadeciéndose Dios de tus dilatados tormentos, te llamara así y te hiciese gozar las inefables dulzuras del perdón eterno. Pero no, estas advertencias serán inútiles; y lejos de arrepentirte, todos los días echarás de menos el tiempo en que perpetrabas crímenes. De esa continua lucha entre tu sed de sangre y la imposibilidad de satisfacerla, entre tus hábitos feroces, y la necesidad de estar sujeto á seres tan débiles como crueles, resultará para ti una suerte espantosa y horrible... ¡Infeliz! »

Alteróse al llegar aquí la voz de Rodolfo, y calló por un momento como si la agitación y el horror le hubiesen cortado la palabra. El Maestro de Escuela sintió que se le erizaban los cabellos: ¿cuál podía ser esa suerte que inspiraba lástima á su mismo verdugo?

« La suerte que te aguarda, continuó Rodolfo, es tan espantosa, que no parece sino que la venganza divina te ha destinado para que expíes los delitos de los hombres más atroces y malvados. ¡Desdichado de ti! La fatalidad quiere que sepas el horrendo castigo que te aguarda, y quiere que no hagas cosa alguna para evitarlo. Vas á ver el porvenir. »

En aquel momento le pareció al Maestro de escuela que recobraba la vista, abrió los ojos y vió; pero lo que vió produjo en su alma tan horroroso espanto, que al hacerle arrojar un grito agudo y penetrante despertó con indecible sobresalto de su espantoso sueño.

IX

LA CARTA

En el reloj de la granja de Bouqueval daban las nueve cuando la señora Adela entró á grandes pasos en el cuarto de María, cuyo sueño era tan ligero, que se despertó al momento.

Un hermoso sol de invierno lanzando sus rayos al través de las persianas y cortinas, derramaba suaves tintas rojas en el cuarto de la joven, dando á su pálido y dulce rostro los colores que le faltaban.

— ¡Y bien! hija mía, dijo madama Georges sentándose en la cama de María, y dándole un beso, ¿cómo estáis?

— Mejor, señora, mucho mejor. — ¿No os han despertado esta mañana muy temprano?

— No, señora.

— Me alegro. Ese pobre ciego y su hijo á quienes se dió hospedaje anoche, han querido irse al amanecer, y yo temía que el ruido que han echo para abrir las puertas os hubiese despertado.

— ¡Pobres gentes! ¿Y cómo se han ido tan temprano?

— No sé, ayer noche al dejaros en cama bajé á la cocina para verlos, pero estaban los dos tan fatigados, que quisieron retirarse. El tío Chatelán me dijo que el viejo no estaba al parecer en todo su juicio, y toda la gente está admirada del esmero con que el niño le cuidaba. Pero oid, María, creo que habéis tenido un poco de calentura, y no quiero que os expongáis al frío; hoy no saldréis de casa.

— Perdonad, señora, pero á las cinco de la tarde he de estar en la abadía porque el señor cura me esperará.

— Eso sería una imprudencia; habéis pasado mala noche, y bien claro dicen vuestros ojos que apenas habéis dormido.

— Es cierto, y además he tenido sueños espantosos. En sueños he vuelto á ver á la mujer que me atormentaba cuando niña, y me he despertado con mucho sobresalto: ya sé que es una debilidad ridícula de la cual me avergüenzo.

— Y á mí me aflige mucho esa debilidad, porque os hace padecer, ¡pobre niña! La señora Adela iba á preguntar á María por qué lloraba, cuando ésta arrojándose á su cuello ocultó el rostro en el seno de su madre adoptiva.

— ¡Dios mío! ¿Qué significa esto, María? ¿Qué tenéis? Me asustáis.

— Sois tan buena para conmigo, que me pesa no haberos confiado lo que le dije ayer tarde al señor cura: mañana os lo contaré, porque ahora me costaría mucho trabajo repetir esa confesión.

— Vamos, vamos, hija mía, sed más razonable; estoy segura de que en ese gran secreto que le habéis comunicado, hay más cosas dignas de elogio que de vituperio. No lloreis así, porque padezco mucho.

— Perdonadme, señora; mas no sé por qué de dos días á esta parte mi corazón se despedaza, y á pesar mío acuden lágrimas á mis ojos, y tengo muy tristes presentimientos. Me parece que va á sucederme alguna desgracia.

— ¡María, María! Tendré que reñiros si os dejáis dominar por esos temores imaginarios; ¿no nos bastan nuestros pesares verdaderos?

— Tenéis razón, señora, hago muy mal, y procuraré vencer esta debilidad. ¡Si vos supierais cómo me echo en cara el no estar siempre alegre, contenta como debiera! Mi tristeza debe parecer una ingratitud.

Iba á tranquilizarla la señora Adela, cuando Claudia después de llamar á la puerta entró en el cuarto.